

MES DE PREPARACIÓN PARA CONSAGRARSE A MARÍA SANTÍSIMA EN MATERNA ESCLAVITUD DE AMOR

Según San Luis María Grignon De Montfort

Vigesimal primer día

Tratado: [169-172]



Sexto motivo: Esta consagración nos hace crecer en la libertad de los hijos de Dios

Ser esclavos de María nos hace auténticamente libres, porque nos une íntimamente con Dios, suprema Verdad y sumo Bien, el cual nos hace plenamente libres. Explica San Luis María: Esta devoción da a quienes la practican fielmente una gran libertad interior: la libertad de los hijos de Dios. Porque haciéndose el hombre esclavo de Jesucristo y consagrándose a Él por esta devoción, el Señor en recompensa de la amorosa esclavitud por la que hemos optado:

- 1) Quita del alma todo escrúpulo y temor servil que pudiera angustiarla, esclavizarla y perturbarla.
- 2) Ensancha el corazón con una santa confianza en Dios, haciendo que lo mire como a su Padre.
- 3) Nos inspira un amor tierno y filial.

San Luis relata un hecho de la vida de la Madre Inés de Jesús, religiosa dominica: Contaba apenas siete años y ya padecía grandes congojas espirituales. Oyó entonces una voz que le dijo: *Si quieres verte libre de todas tus angustias y ser protegida contra todos tus enemigos, hazte cuanto antes esclava de Jesús y de su Santísima Madre.* Al regresar a su casa, se apresuró a consagrarse enteramente como esclava de Jesús y María, aunque para entonces no sabía lo que era esta devoción. Hecho esto, cesaron todas sus congojas y escrúpulos y halló tanta paz y amplitud de corazón que se comprometió a enseñar esta devoción a muchos otros”.

Séptimo motivo: Esta consagración procura grandes ventajas al prójimo

Los frutos de esta verdadera devoción no se agotan en nosotros, sino que se desbordan al punto tal de beneficiar a nuestro prójimo. Al ofrecer a María Santísima el valor satisfactorio e impetratorio de todas nuestras buenas obras, incluyendo los más pequeños buenos pensamientos y los más leves sufrimientos, Ella dispone también de todo esto en beneficio de las almas que tienen más necesidad. San Luis define esta gran verdad: “Se acepta que todas las satisfacciones adquiridas hasta ahora y las que se adquieran hasta la muerte, sean empleadas según la voluntad de la Santísima Virgen, para la conversión de los pecadores o la liberación de las almas del Purgatorio”.

Y se pregunta: “¿No es esto amar perfectamente al prójimo? ¿No es esto pertenecer al número de los verdaderos discípulos de Jesucristo, cuyo distintivo es la caridad? ¿No es éste el medio de convertir a los pecadores, sin temor a la vanidad, y librar a las almas del Purgatorio, casi sin hacer otra cosa que lo que cada cual está obligado a hacer conforme a su estado?”.

Y continúa: “Para comprender la excelencia de este motivo sería indispensable conocer el gran valor que tiene la **conversión de un pecador o la liberación de un alma del Purgatorio, es un bien infinito, mayor que la creación del cielo y de la tierra**, pues se da a un alma la posesión de Dios. Si una persona ha sido enteramente fiel a esta práctica, encontrará en la hora de la muerte que ha librado a muchas

almas del Purgatorio y convertido a muchos pecadores por medio de esta devoción, aunque sólo haya realizado las obras de su propio estado. ¡Qué gozo en el día del juicio! ¡Qué gloria en la eternidad!”.



Prácticas de preparación

Para esta tercera semana, dice San Luis María: “Se dedicarán en todas sus oraciones y acciones cotidianas a **conocer a María. Pedirán tal conocimiento al Espíritu Santo**. Podrán leer y meditar lo que hemos dicho. Recitarán, como en la primera semana, las Letanías del Espíritu Santo y el Salve Estrella del Mar”. En esta semana se pueden **ofrecer también las oraciones que habitualmente se hagan** (ofrecimiento de las obras por la mañana, las tres Ave María, el Ángelus) y en la medida de las posibilidades recitar el Santo Rosario.

1)Ponerse en la presencia de Dios.

2)Pedir la gracia al Espíritu Santo de conocer a María Santísima.

3)Exhortación de San Bernardo a la confianza:

“¡Oh! tú, quien quiera que seas, que te sientes lejos de tierra firme, arrastrado por las olas de este mundo, en medio de las borrascas y tempestades, si no quieres zozobrar, no quites los ojos de la luz de esta Estrella.

Si el viento de las tentaciones se levanta, si el escollo de las tribulaciones se interpone en tu camino, mira la estrella, invoca a María.

Si eres balanceado por las agitaciones del orgullo, de la ambición, de la murmuración, de la envidia, mira la Estrella, invoca a María.

Si la cólera, la avaricia, los deseos impuros sacuden la frágil embarcación de tu alma, levanta los ojos hacia María.

Si perturbado por el recuerdo de la enormidad de tus crímenes, confuso antes las torpezas de tu conciencia, aterrorizado por el miedo del Juicio, comienzas a dejarte arrastrar por el torbellino de tristeza, a despeñarse

en el abismo de la desesperación, piensa en María.

En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María.

Que su nombre nunca se aparte de tus labios, jamás abandone tu corazón; y para alcanzar el socorro de su intercesión, no descuides los ejemplos de su vida.

Siguiéndola, no te extraviarás, rezándole, no desesperarás, pensando en Ella, evitarás todo error.

Si Ella te sustenta, no caerás; si Ella te protege, nada tendrás que temer; si Ella te conduce, no te cansarás; si Ella te es favorable, alcanzarás el fin. Y así verificarás, por tu propia experiencia, con cuánta razón fue dicho: “Y el nombre de la Virgen era María”. San Bernardo, *Super missus*, 2ª homilía, 17.



Letanías del Espíritu Santo

Señor ten piedad, *Señor ten piedad*
Cristo ten piedad, *Cristo ten piedad*
Señor ten piedad, *Señor ten piedad*
Cristo óyenos, *Cristo óyenos*
Cristo escúchanos, *Cristo escúchanos*
Dios Padre Celestial, *Ten piedad de nosotros*
Dios Hijo Redentor del mundo, *Ten piedad de nosotros*
Dios Espíritu Santo, *Ten piedad de nosotros*
Santa Trinidad, un solo Dios, *Ten piedad de nosotros*

Después de cada invocación, decir: Ten piedad de nosotros.

Espíritu del Señor, que aleteando sobre las aguas al comienzo de la creación la fecundaste
Espíritu por cuya inspiración han hablado los santos hombres de Dios
Espíritu cuya unción nos enseña todo
Espíritu testigo de Cristo
Espíritu de verdad que nos sugiere toda cosa
Espíritu que te posas sobre María
Espíritu del Señor que llenas la tierra
Espíritu de Dios que habitas en nosotros
Espíritu de sabiduría y entendimiento
Espíritu de consejo y fortaleza
Espíritu de ciencia y de piedad
Espíritu del temor del Señor
Espíritu de gracia y misericordia
Espíritu de virtud, de dilección y de sobriedad
Espíritu de fe, de esperanza, de amor y de paz
Espíritu de humildad y castidad
Espíritu de benevolencia y de mansedumbre
Espíritu de la gracia multiforme
Espíritu que sondeaste también las profundidades divinas
Espíritu que pides por nosotros con gemidos inenarrables
Espíritu que bajaste sobre Cristo en forma de paloma
Espíritu en el cual nacemos
Espíritu por el que la caridad es infundida en nuestros corazones
Espíritu de adopción de los hijos de Dios
Espíritu que te apareciste sobre los discípulos en lenguas de fuego

Espíritu del cual están repletos los Apóstoles
Espíritu que repartes los dones como más te parece

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo – **Perdónanos Señor**
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo – **Escúchanos Señor**
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo – **Ten piedad de nosotros**

Salve Estrella del Mar

Salve, Estrella del mar,
Madre, que diste a luz a Dios, quedando perpetuamente Virgen,
feliz puerta del cielo.
Pues recibiste aquel Ave de labios de Gabriel, ciméntanos en la paz, trocando
el nombre de Eva.
Suelta las prisiones a los reos, da lumbre a los ciegos, ahuyenta nuestros males,
recábanos todos los bienes.
Muestra que eres Madre, reciba por tu mediación nuestras plegarias el que
nacido por nosotros, se dignó ser tuyo.
Virgen singular, sobre todos suave, haz que libres de culpas, seamos suaves y
castos.
Danos una vida pura, prepara una senda segura, para que, viendo a Jesús,
eternamente nos gocemos.
Gloria sea a Dios Padre, loor a Cristo altísimo y al Espíritu Santo: a los tres un
solo honor. Amén.